

18 DE JULIO DE 1872

ANIVERSARIO LUCTUOSO DE BENITO JUÁREZ

En la nublada mañana del 23 de julio de 1872 partió de Palacio Nacional, rumbo al panteón de San Fernando, el féretro que contenía los restos mortales de Benito Juárez. Después del deceso, acaecido cinco días antes, las formalidades solemnes de cuerpo presente habían concluido y el trayecto final del cortejo por las calles de la ciudad sumó a una multitud conformada por gran parte de sus habitantes, que despedía con tristeza al gran defensor de la legalidad. La muerte del presidente Juárez permitió la expresión del reconocimiento popular a su trayectoria política.

Una falla cardíaca ocasionó su deceso, luego de una dolorosa agonía que duró un par de días, durante la cual no desistió de cumplir sus responsabilidades, girando instrucciones directas a sus ministros y atendiendo los asuntos de su competencia. Los que testimoniaron esos últimos momentos se admiraban de su fortaleza.

El fatal desenlace sucedió en punto de las once y media de la noche del 18 de julio. Momentos antes, el moribundo había pedido a un asistente de ascendencia zapoteca, llamado Camilo, que oprimiera con su mano, con toda la fuerza posible, el sitio donde lo retorcía el dolor. El remedio no sirvió. Al poco tiempo, recostado sobre su lado izquierdo, con la mano bajo la mejilla, sin signos de agonía y en aparente calma, se detuvo su respiración. Conforme la noticia llegó al conocimiento de la gente, la aflicción se extendió a los habitantes de la ciudad.

El estadista que había consumado la segunda independencia de México, como él mismo calificó el triunfo sobre el imperio de Maximiliano, había fallecido. Junto a su lecho se encontraban los ministros Francisco e Ignacio Mejía y su desconsolada familia, además de Manuel Dublán y José Maza. En el hogar vecindado en Palacio Nacional lo acompañaron en esos postreros instantes sus hijos Soledad, María de Jesús, Josefa, Benito y Manuela, esta última con su esposo Pedro Santacilia y sus pequeños hijos.

Las honras fúnebres se prolongaron por varios días. Después del tributo de respeto popular, en el panteón de San Fernando que se abrió especialmente para recibir sus restos mortales, se llevó a cabo una emotiva ceremonia luctuosa, que fue presidida por Sebastián Lerdo de Tejada, quien por mandato de ley sustituyó a Juárez en el cargo más alto del gobierno federal. Doce piezas oratorias fueron leídas y en el momento exacto en que el ataúd era depositado en su repositorio final, se inclinó una bandera ante el presidente muerto y se hicieron sonar veintiún cañonazos.

La escultura que arropa actualmente el lugar del reposo final del "Benemérito de las Américas" se colocó sobre el sepulcro ocho años después de su desaparición física, en la ceremonia luctuosa de 1880, presidida por el entonces presidente Porfirio Díaz. Los autores de la pieza fueron los hermanos Juan y Manuel Islas, quienes esculpieron en un gran trozo monolítico de mármol una representación de la Patria que, como madre afligida y con el rostro dirigido al cielo en busca de consuelo, sostiene en su regazo el cuerpo inerte del gobernante que promulgó las Leyes de Reforma y que encabezó la lucha por la restauración de la República. En ese impactante mausoleo, donde a su lado reposan los restos de algunos de los principales protagonistas de la historia mexicana del siglo XIX, año tras año, en el aniversario de su deceso, se revitaliza su presencia y se recuerda su labor pública. La multitud que lo venera no deja de presentarse ese día para rendirle perenne respeto. Sin duda, su tránsito luctuoso a la posteridad reafirmó su carácter inmortal. El mito que rodea la personalidad de Benito Juárez se consolidó desde ese momento, al igual que su legado en defensa de la patria.

Día de luto y solemne para toda la Nación. La bandera deberá izarse a media asta.

Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.